

El indígena astuto  
Sobre las aguas el flotante prado  
Conduce á otro lugar más abrigado,  
Y aquellos males precavido evita.  
Guarda cada uno con tenaz empeño  
Su pequeña heredad, que flota leve,  
En aquel lago fértil y risueño.

La tierra firme de la verde orilla,  
De estos campos flotantes la riqueza  
Tan singular, conoce que le humilla  
Y los ve con un aire de tristeza.  
Mas yergue la cabeza,  
En olmos y cerezos coronada,  
En peros encorvados por el fruto,  
En cedros y laurel y pino hirsuto,  
En cajiga sombrosa y levantada,  
Y en púnico manzano;  
Y siempre, en competencia con los huertos,  
Se viste con las galas del verano.

En ese bosque moran tantas aves  
Á la sombra tenaz de la arboleda,  
Que siempre el aura fugitiva y leda  
Se complace en llevar los ecos suaves.  
Allí la turba alada  
Y de vivos colores matizada  
El aire hiende con dorada pluma:  
Ora se ciernen en el hondo espacio;  
Ora en la orilla de brillante espuma  
Bañada, sueltan el sabroso trino.  
Allí el gorrión divino  
De roja cresta embelesado canta,  
Y al cual las plumas del erguido cuello  
Por ser sanguíneas tórnanle más bello.  
Allí revuela del excelso coro  
De pájaros el rey, insigne y claro  
Por las voces innúmeras que avaro  
Encierra en la dulcísima garganta,  
Pues que en verdad no hay otro más canoro;  
El *cenzontle*, que fué desconocido

Del Viejo Mundo, y que la voz remeda  
Del hombre, de las aves, y el ladrido  
Del mastín y las blandas inflexiones  
Del que entona motetes y canciones.  
Tañendo el arpa con dorado plectro,  
Ahora forma musical escala,  
Ahora chilla cual rapaz milano,  
Ya maya como gato y abre el ala  
Y el son remeda de clarín insano,  
Y ya ladra festivo, gime ó pía  
Trémulo y débil cual implume cría.  
Encerrado en la jaula se consuela  
Y alegre en torno de la cárcel vuela  
Dulcísimo cantando noche y día.  
No tanto la llorosa Filomela  
De Teseo los crímenes deplora  
Bajo la sombra de álamo tardío,  
Llenando el bosque con su voz sonora,  
Como el *cenzontle* cabe fresco río  
Regocija, cantando, la ribera  
Y los arbustos de feraz plantío.

Al asomar la dulce Primavera,  
Cuando los leves prados nadadores  
Se coronan en flores  
Y los campos se visten de esmeralda  
Y frescas rosas de carmín y gualda,  
Frecuentan estas plácidas orillas  
Y estas ondas los nobles mexicanos  
En pequeñas y frágiles barquillas.  
Entran por grupos en los barcos leves,  
Con doble remo, el ánimo espaciando  
Con el acorde blando  
De la ronca dulcisona guitarra,  
Á la cual flébil Eco  
De los antros oscuros do se esconde  
Con voz débil y opaca le responde;  
Y la ardua selva por el canto herida  
De los amantes las palabras suaves  
Resuena embebecida.



Y se retan ya entonces á la justa;  
Á quien remó mejor, y más ligero  
Conduzca las levisimas piraguas;  
Al estruendo de aplauso lisonjero  
Parten rizando las cerúleas aguas  
Y se alejan, llevados de la gloria  
Por el deseo, á sitios muy distantes,  
Hasta que al fin de aquellos contrincantes  
Alguno alcanza el lauro de victoria.  
Y van en derredor de las chinampas  
Ufano el vencedor y los vencidos  
Siguiendo alegres las torcidas calles  
Entre pequeños flotadores valles,  
Ó en sus barcos resbalan embebidos  
Cerca de las riberas sinuosas  
Salpicadas de flores olorosas.  
Como el cretense y prófugo Teseo  
Logró dejar los senos horrorosos  
Buscando los umbrales engañosos  
Del laberinto con falaz rodeo,  
Así las calles por hallar se afana,  
Errante por los huertos nadadores,  
La juventud de México galana.  
No escasean algunos que se gozan  
Bajo aquel limpio y refulgente cielo  
En prender á los peces que allí nadan  
Con el combado y formidable anzuelo,  
Ya que dejan los huertos y la orilla  
Y á donde más se explaya la laguna  
Con grácil remo llevan su barquilla.  
Muy cautamente prenden en el hamo  
El fatal cebo; pende de una caña  
El hilo que sumergen en un tramo  
Entre ninféas, juncos y espadaña;  
Le arrojan á los peces, y en silencio  
Esperan. Pronto los volubles peces  
En derredor del cebo se aglomeran  
Sin osar engullirle; se zabullen  
Y ocultan en los líquidos dobleces

Del fondo obscuro; tornan y superan  
La clara linfa donde alegres bullen;  
Y van y vienen por igual camino,  
Hasta que al fin se rinden á su sino  
Y en el cebo engañoso y atrayente  
Clavan ¡incautos! el pequeño diente.  
Levanta el pescador á la aura pura  
La caña sin demora,  
Y le ciñe la turba bullidora  
De socios que á aplaudirle se apresura.  
Azota el pececillo moribundo  
Con aletas y cola la barquilla,  
Mientras con otras férulas delgadas,  
Con el cebo mortífero aparadas,  
Vaguean otros por la verde orilla;  
Y vese á medio hundirse la canoa,  
Bajo aquel peso; júzganse dichosos  
Los pescadores; y llevando ufanos  
La hermosa pesca, buscan sus hogares  
(Cuando la estrella entre arboles arde)  
Envueltos en las sombras de la tarde.  
Mas, luego que se aplaca  
Aquel tumulto y entra vocinglera  
La turba en la ciudad, y con su opaca  
Veste ruidosa el Ábrego acelera  
La fuga de la virgen Primavera,  
Agrada recorrer aqueste ameno  
Campo abierto de espléndida hermosura  
Á los que alienta el corazón sereno,  
Á los que abate fúnebre amargura,  
Y á los que inquietan del saber amantes  
De Minerva las plácidas labores.  
Estas risueñas y húmedas orillas  
Sembradas de laurel y manzanillas  
Acogen á menudo á los poetas,  
Que al bastecer sus mágicas paletas  
Dejan oír sus cantos seductores.  
Aquí lloraba en versos armoniosos  
De Cristo las heridas y afrentosos



Rudos tormentos y tremenda muerte,  
Llevado del más noble y verdadero  
Amor etéreo y fuerte,  
El piadoso y melífero Juan Carnero.  
Aquí con estro sacro  
El gran Abad mil himnos de alabanza  
Cantó al Señor. Con voces de matanza  
Asordaba estos campos y riberas  
El docto Alegre, el hado de Peleo  
Al lamentar y las batallas fieras,  
De Apolo con el arte y el de Orfeo.  
Por esta orilla de los pardos troncos  
Carcomidos y broncos,  
Zapata y Reina, y Alarcón, famoso  
Por su coturno, los gloriosos nombres  
Grabaron en la rígida corteza  
Al menear el plectro delicado  
Y desparcir su bárbara tristeza.  
Mas al tañer la célica sor Juana  
Su ebúrnea lira, el estruendoso río  
Paró su curso, y en el bosque umbrío  
De aves canoras la caterva ufana  
Los trinos melodiosos suspendieron,  
Y las rocas ingentes se movieron.  
Y porque no á las Musas negra envidia  
Atormentara, y por mayor decoro  
Fué incorporada al aganípeo coro.  
Jamás el cisne de plumón nevado  
Embargó con tan blandas melodías  
Al deleitoso y floreciente prado,  
Ni, moribundo en los undosos giros  
Del Caistro, tan blandas armonías  
Supo unir con tan lánguidos suspiros.  
Mas ya se encauza y fluye impetuoso,  
Y en río ingente, el apacible lago  
Encierra toda el agua que fecunda  
Los dulces campos; y huye perezoso  
Cortando la ciudad, y sinuoso  
Su curso sigue, y la ribera inunda

De guijas y peñascos erizada,  
Y en la laguna arrójase salada;  
Semejante al Jordán, que su agua infunde  
Dulce y pura en el seno del mar Muerto  
Y en la asfáltica linfa se confunde.  
Pues aunque en las llanuras de Tezcuco  
Limpios arroyos brotan por doquiera,  
Y se nutre la pérvida laguna  
De aguas dulces, famélica aglomera  
Tal cantidad de sales en su seno  
Que las linfas corrompe, y las orillas  
Torna infecundas su letal veneno.  
Míranse allí las hierbas, amarillas  
Y siempre enfermas; árboles y arbustos,  
Nunca descuellan verdes y robustos;  
Sus frutos no produce naturales  
La tierra blanquecina; y los rebaños  
No á la sombra de vides y castaños  
Tronzan la flor de plácidos gramales.  
Quema la sal los campos anchurosos  
Y aleja el agua que se azota impura  
Con su feter, tibieza y amargura  
Al cardumen de peces bulliciosos.  
Si alguno de ellos atrevido y ciego  
La laguna de Chalco tal vez deja  
Y un solo instante placentero nada  
En la linfa salada,  
El mal olor fatigale y aqueja;  
Quiere huir, exhala leve queja,  
Sube y aspira el aura, y luego muere.  
Y es cautelosa: engaña esta laguna  
A las leves barquillas y canoas  
Que se confían. Al mostrar la frente  
El padre Febo sobre el mar de Oriente  
Haciendo huir á la llorosa luna  
Y á las estrellas, de color de lila  
Sus ondas son y muéstrase tranquila;  
Pero no bien envuelve en negra sombra  
El sol la falda del occiduo monte



Y cansado se inclina al horizonte,  
Cuando rabioso el Austro se alborota,  
La agita, y sus espumas en la playa  
Salobre y muda enfurecido azota.  
Ya se abre abajo de la barca leve,  
Ya se infla rauda y sube á las estrellas,  
Y la piragua herida  
Por la negra laguna embravecida  
Se desata en gemidos y querellas,  
Á la par con los nautas previsores  
Que se esfuerzan y gritan asustados  
Y fatigan á Dios con sus clamores.  
Y si el timón, solícito el piloto  
No dirigiera á la segura orilla,  
Sumergirían los adversos hados  
Nautas y barcos en sepulcro ignoto.  
Aqueste lago encubre su falacia  
Con cierto aire de gracia:  
Él, de Chalco la límpida laguna  
Se bebe á más beber, por el ameno  
Ancho canal, y de incontables fuentes  
Que fluyen á él, las linfas transparentes  
Guarda ambicioso en el avaro seno,  
Sin permitir jamás que gota alguna  
Se derrame en los campos. No se llena  
Con tantas aguas; nunca satisfecho  
Se siente y ni se mira que rebose  
Dejando un punto el cenagoso lecho;  
Muy semejante al tímido Océano,  
Que islas encierra y vastos continentes  
Con sus olas, y llama de doquiera  
Grandes ríos que laman su ribera  
Y se los bebe gárrulo, insaciable,  
Sin que amenacen las hinchadas linfas  
Al continente, sin que sólo un río  
Se escape de él arrebatado y frío,  
Y sin que abra al comercio nuevos mares.  
Nada admirable ofrece el Nuevo Mundo,  
Más admirable que la astucia y maña

Con que los indios en lo más profundo  
Del lago apresan entre junco y caña  
Las falanges de patos graznadoras,  
Que antes cruzaban la región etérea  
Sin peligro, y las ondas bullidoras  
De los lados de México; las armas  
É insidias de los indios no temían,  
Y lentamente, sin temor ni alarmas,  
Por las verdes riberas discurrían,  
Y algunas veces gárrulos y osados  
Burlaban á los indios desarmados,  
Hasta que al fin el natural talento  
De aquella raza en la apariencia ruda,  
Reprimió tan inicuo atrevimiento.  
Crece en los bosques sin cultivo alguno,  
Pendiente de las ramas y adherida  
Á los troncos, ingente calabaza  
Sin meollo en verdad; y que es muy útil  
Para cruzar sin riesgo de la vida  
Los anchos ríos, y al salir de caza  
Para llevar el confortante vino  
Y atenuar las fatigas del camino.  
Suele escoger de entre éstas las mayores  
Astuto el indio; luego las arroja  
Encima de las ondas cristalinas,  
Y donde más los patos nadadores  
Exentos de congoja  
Desparecen y quiebran las verdinas  
Palustres hierbas. Treme, horrorizado,  
El ánade infeliz; de aquellos monstruos,  
Con graznido lloroso y prolongado,  
Huye al punto, y la turba lastimera  
Asorda con sus gritos la ribera.  
Pero al mirar que flotan y vaguean  
Sin causar ningún daño,  
Deponen el pavor y se recrean  
En el común y delitoso daño.  
Van de los patos una y otra mole  
En derredor, mas ellos no las temen,



Y en medio nadan de su tierna prole.  
El indio astuto, entonces con presteza  
Adapta á su cabeza  
Alguna calabaza igual en todo  
Á las que vense con impulso blando  
Encima de las aguas ir nadando ;  
Entra en el lago y húndese hasta el cuello,  
Y envuelto con las olas se adelanta  
Sin alejarse de la orilla amena,  
Y hollando el suelo con aleve planta.  
La falange de patos ve serena  
Llegar aquel estorbo ; entonces el indio  
Alarga allí la codiciosa mano,  
Y de los pies afianzándolos ufano,  
Los sumerge en el agua adormecida  
Sin distinción ; sin que la obscura fraude  
Adivinen, los priva de la vida.  
¡ Tanta es la habilidad de aquella gente,  
Que estúpida reputan é indolente !

FR. MATÍAS DE CÓRDOBA.